

El embrujamiento alemán, una polémica de fin de siglo

Por *Carmen NORAMBUENA CARRASCO**

Los antecedentes

A FINES DEL SIGLO DIECINUEVE, y como consecuencia de los vertiginosos cambios ocurridos en América Latina y en Chile, se vuelca una fuerte crítica sobre lo construido y se expresa una importante preocupación de cara a los desafíos que se avecinan. Desde Caracas hasta Buenos Aires, los deseos de renovación animan a la intelectualidad y la madurez alcanzada se transforma en agente de cambios al momento de hacer el balance secular.

Por su parte, en Chile, a diez años de conmemorarse el Centenario de la independencia política, entre las inquietudes debatidas está el cuestionamiento de si se ha logrado la claridad suficiente como para establecer con nitidez los fundamentos filosóficos y conceptuales que requiere la formación de las futuras generaciones y si esta tarea debe estar en manos de extranjeros o de chilenos formados en el país o en Europa.

De manera específica, se discutirá latamente este debate que tuvo lugar en Chile y la encarnizada polémica que van a protagonizar dos grandes educadores: Eduardo de la Barra y Valentín Letelier, que en alguna forma representaban la controversia pública que vivía el país.

Los inicios de la vida republicana, en Chile, habían estado caracterizados por su alejamiento de España y un menosprecio por todo cuanto tuviera su sello. De allí que cuando los primeros gobernantes hicieron pública la necesidad de aumentar la población, siempre la mirada se dirigió hacia el norte de Europa, sosteniendo que la obra de España en América estaba concluida y que todo lo que nos pudieron legar, ya lo habían entregado a través de la lengua y la religión. Su tarea debería ser complementada con la cultura de ingleses, suizos, alemanes y también franceses.¹

Consecuentemente con esta política, hasta 1885 los alemanes constituyeron la colectividad extranjera residente más numerosa.

* Profesora e investigadora de la Universidad de Santiago de Chile.

¹ Carmen Norambuena C., "La inmigración en el pensamiento de la intelectualidad chilena. 1810-1910", *Contribuciones científicas y tecnológicas* (Santiago, USACH), núm. 109 (1995), p. 79.

El país había presenciado la llegada de colonos alemanes durante cincuenta años. Su arribo y ubicación en determinadas provincias del país habían terminado por imprimirle su impronta a la región (arquitectura, hábitos y costumbres). Sin embargo, en el balance del fin de siglo, el número de inmigrados de origen europeo fue escaso; a partir de 1895, la colectividad alemana es superada por la española; aún así, la intelectualidad chilena seguía de cerca las pautas culturales germanas, asunto que comenzaba a preocupar seriamente.²

De otra parte, el ejército chileno, luego de la llamada Guerra del Pacífico, en la que enfrentó a las fuerzas armadas unidas de Perú y Bolivia, había tomado como modelo de organización al prusiano. Son efectivos alemanes de alto rango y grado quienes se encargan de organizar la formación de la oficialidad chilena en las distintas ramas del ejército de tierra.³ La disciplina, el orden, el esfuerzo, la probidad, la puntualidad, las llamadas virtudes germánicas, debían estar presentes en la formación del soldado.⁴

Es en este marco que tiene lugar una nueva iniciativa: la de traer al país profesores alemanes para que organicen el recién creado Instituto Pedagógico (1890), formador de los futuros profesores de segunda enseñanza en todas las disciplinas.

El personaje

EL principal protagonista de la controversia pública que va a suscitar esta contratación es Eduardo de la Barra y Lastarria (1839-1900). Este prohombre descendía por rama materna de una familia que había estado comprometida en las guerras por la Independencia. Su madre, Juana Lastarria y Munizaga, era hija de un oficial de alto grado del Ejército Libertador de Chile. Su padre, José María de la Barra y López Villaseñor, había ocupado importantes cargos públicos, entre otros el de secretario de la Legación chilena en París y Londres, lo que le permitió tomar contacto con connotados intelectuales y artistas (Juan Ignacio

² Los censos de la República señalan en 1885, 6 808 alemanes y 2 508 españoles, en tanto que el de 1895 registra 7 560 alemanes y 8 494 españoles.

³ Ferenc Fischer, *El modelo prusiano y las fuerzas armadas de Chile, 1885-1945* cap. II, "El ejército chileno y la influencia militar alemana (1885-1914)", pp. 29-32.

⁴ En un ambiente de colonización, señala un investigador de los alemanes en Chile —Blancpain—, la tradición permanece intacta, porque se transmite directamente de abuelo a nieto; pero la madre no renuncia a su papel. De ella recibe el niño, juntamente con los rudimentos de una instrucción general y religiosa, las virtudes llamadas germánicas, del esfuerzo, de la probidad y de la puntualidad, a las que la comunidad declara, en todo momento, conceder el máximo de importancia.

Domeyko y Raymond Monvoisin, a quienes su padre convenció de viajar a Chile). Su educación la cursó en los Colegios Mercantiles de Golfinch y Bluhm y Mathews y Linacre de Valparaíso,⁵ y en el Instituto Nacional, en Santiago, en el cual obtuvo, en 1860, el título de agrimensor, cargo que nunca ejerció. Casó con Lupercia Lastarria, hija del gran intelectual chileno José Victorino Lastarria.

Trabajó un tiempo para el Ministerio de Hacienda (1864-1872), cargo que alternó con clases de geometría y trigonometría que dictaba en la Academia Militar (1870-1872). En 1876 regresó al Instituto Nacional a impartir clases de Literatura, al mismo tiempo que ofrecía por el periódico clases particulares. Posteriormente, fue rector del Liceo de Valparaíso, donde además dictó clases de literatura, geometría, dibujo y álgebra elemental. En este establecimiento desarrolló una notable obra pedagógica. Éstos fueron, quizás, los años más fructíferos de su carrera como educador, al mismo tiempo que fecundos como escritor.⁶ También ocupó el puesto de encargado de Negocios de Chile en Uruguay.

En 1891, con motivo de la Guerra Civil que divide al país, y debido a su adhesión al gobierno del presidente Manuel Balmaceda, fue destituido de su cargo de rector, exiliándose voluntariamente en la Argentina.⁷

⁵ Leonardo Eliz, *Don Eduardo de la Barra: rasgos biográficos*, Santiago, 1889, p. 14.

⁶ Obras escritas por Eduardo de la Barra, *Poesías líricas*, Santiago, Imprenta de la Unión Americana, 1866; *Saludables advertencias a los verdaderos católicos: cartas sobre los jesuitas*, Santiago, Neupret, 1869; *Saludables advertencias a los verdaderos católicos y al clero político* (V. Erasmo Gesuit), Santiago, Imp. del Ferrocarril, 1871; *Francisco Bilbao ante la sacristía. Refutación a un folleto*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1872; *Francisco Bilbao: sociabilidad chilena*, Valparaíso, El Libro barato, 1872; *Francisco Bilbao ante la sacristía*, Santiago, Imprenta Nacional, 1873; *El radicalismo chileno*, Santiago, Imp. Franklin, 1975; *Congreso Agrícola*, Santiago, 1875; *Liceo de Valparaíso* (V. Erasmo Gesuit), Valparaíso, Imp. del Mercurio, 1877; *Cuestión de cementerios nuevas saludables advertencias*, Valparaíso, Impr. del Deber, 1877; *Ligeros apuntes de los principales acontecimientos de la historia sagrada*, Valparaíso, Imp. La Patria, 1887; *Estudios sobre el cólera*, Valparaíso, Imp. Americana, 1887; *Rosas andinas* (Rubén Rubi), Valparaíso, 1888; *Poesías*, Santiago, Imp. Cervantes, 1889; *Rimas chilenas*, Santiago, ed. Garnier Hermanos, París, 1890; *Estudios sobre la versificación castellana*, Santiago, Imp. Cervantes, 1891; *Nuevos estudios sobre la versificación castellana*, Santiago, Imp. Cervantes, 1891; *Cuestión filológica: examen y refutación de un folleto sobre gramática antigua del profesor don Federico Hanssen*, Rosario, 1894; *El problema de los Andes*, Buenos Aires, Imp. Pablo Coni e hijos, 1896; *Cuestión de límites: carta a un senador de la República*, Valparaíso, Imp. del Mercurio, 1896; *La vida nacional: el embrujamiento alemán*, Santiago, Imp. Poligráfico Roma, 1899; *El padre López*, Santiago, Imp. Guillermo Miranda, 1904; *La luz vengadora o castigo de un plagio*, Santiago, 1924.

⁷ Desde su exilio (Santa Fe, 1893) diría de este conflicto: "Para ser perseguido sin cuartel, bastaba no haber simpatizado con la más funesta de las revoluciones. Así se castigaba la libertad de pensar en los hombres leales y consecuentes, mientras que se hon-

Su destitución provino de una acusación que presentó el ministro de Instrucción Pública en su contra, “por la reprensible conducta que desarrolló durante ese año en apoyo de las fuerzas de Balmaceda”. Esta acusación fue ratificada por el Consejo de Instrucción Pública que supervisaba la docencia en los liceos, consejo del cual participaba su futuro contendor Valentín Letelier. Luego de cuatro años en la Argentina, regresó a Chile, donde continuó con sus estudios de literatura, filología y lingüística. Al mismo tiempo, logró su jubilación como rector y profesor del Liceo de Valparaíso; jubilación que, a la larga, fue más simbólica que efectiva. Fue éste el tiempo en que inició una dura polémica con otros intelectuales debido a la influencia y gravitación que profesores alemanes estaban teniendo en la educación chilena.⁸

Su contenedor, Valentín Letelier

ENTRE las personalidades más destacadas con quienes polemizó Eduardo de la Barra están Gonzalo Bulnes y Valentín Letelier, siendo este último con quien el debate público alcanzó mayor relevancia. Valentín Letelier fue educador, jurista, fundador del Instituto Pedagógico y, posteriormente, rector de la Universidad de Chile.

La condición de polemista de Valentín Letelier ha sido altamente ponderada, de ahí que la controversia surgida tenga, a nuestro juicio, tanto valor. Se dijo de él: “Es un milagro de precisión, agilidad y sobria elegancia. Nítido en la exposición ordinaria, irresistible en la refutación polémica, sus argumentos galopan en cerrada formación de combate hasta que el diente acerado de los silogismos tritura sin merced las tesis del adversario”.⁹ No fue raro entonces que el país entero se sumergiera en este debate, ya que tanto el estilo de Letelier como el de De la Barra, son agudos y punzantes, versados e incisivos.

¿Cómo es entonces que estos dos gigantes llegan a encontrarse en el campo intelectual? Letelier, en su condición de secretario de la Legación chilena en Berlín (1882-1885) pudo investigar a fondo el

raba a los culpables y a los traidores”, Eduardo de la Barra, *La luz vengadora*, prólogo de Eleonardo Eliz, Valparaíso, 1924, p. 27.

⁸ Murió en 1900 víctima de diabetes, enfermedad que le acompañó por largo tiempo. Los datos biográficos están tomados de Jasna Missetic, *Eduardo de la Barra y Lastarria (1839-1900). El compromiso de un intelectual frente a las transformaciones de su época*, Tesis de grado de licenciado en Historia, U. Católica de Chile, Santiago, 1989; Raúl Silva Castro, *Don Eduardo de la Barra y la pedagogía alemana*, Santiago, Imp. Universitaria Santiago, 1943 y E. Eliz, Prólogo a *La luz vengadora o castigo de un plagio*, 1924.

⁹ Roberto Munizaga, prólogo a la obra de V. Letelier *El Instituto Pedagógico: Misceláneas de Estudios Pedagógicos*, Santiago, Publicaciones del Instituto Cultural Germano-Chileno, 1940, pp. 6-7.

sistema de enseñanza alemán. Él mismo señala que por necesidad y por afición había vivido, desde la adolescencia, consagrado a la tarea de enseñar, y que en el desempeño rutinario de sus funciones había detectado la incompetencia del profesorado y los vicios de sus métodos didácticos. De ahí que cuando partió con rumbo a Alemania lo hizo con el firme propósito de estudiar las reformas que se podrían hacer al caduco sistema educativo chileno.¹⁰

Fruto de su estancia en Berlín fue un extensísimo y completo trabajo que preparó, con la colaboración de Claudio Matte, sobre *La instrucción secundaria y la instrucción universitaria en Berlín*.¹¹ En este documento deja en claro, desde la partida, que no eran las virtudes ocultas de la raza, sino la sabia organización del servicio docente lo que garantiza a los estados alemanes la idoneidad, la suficiencia, la moralidad de su profesorado.¹² Señalaba Letelier que

es un honor que no se disputa a la nación germánica el de haber convertido la enseñanza en un arte técnico y el haberla fundado en principios científicos de universal aplicación [...] Cuando pensadores eminentes de otros pueblos creían ver en la pedagogía una creación sin base positiva, los maestros alemanes se ocupaban de formarla pieza a pieza [...] hasta llegar a convertir todo estudio en una tarea de investigación, sustituyendo la vía deductiva por la inductiva, y a establecer los principios teóricos de la enseñanza racional.¹³

¹⁰ Valentín Letelier, *El Instituto Pedagógico* [n. 9].

¹¹ Valentín Letelier, *La instrucción secundaria y la instrucción universitaria en Berlín*, Informe elevado al Supremo Gobierno por la Legación de Chile en Berlín, Santiago, Imprenta Nacional, 1885, p. 3. En el oficio conductor de este informe el Ministro encargado de la Legación chilena, Guillermo Matta, señala que este nuevo trabajo es una mera continuación de los que anteriormente se han enviado sobre jardines de niños y sobre instrucción primaria. Estos trabajos, a juicio del embajador, deberían servir a los "educacionistas" chilenos para ser estudiados y aplicados en lo que fuera pertinente.

¹² Letelier efectivamente admiraba la educación alemana. Conoció su funcionamiento, en todos los niveles, durante su permanencia en Alemania (1882-1885). La universidad alemana, a su parecer, privilegiaba la enseñanza de cómo investigar y cómo hacer ciencia en vez de transmitir lo sabido. Pero a diferencia de lo que ocurría en ese país, sostenía que la formación de los profesores para todos los niveles (primario, secundario y universitario ---doctor) debía estar concentrado en la universidad. Afirmaba: "Para que las ciencias constituyan una filosofía homogénea a través de todos los grados del sistema docente, es menester impedir que el espíritu reaccionario las exhiba como simples aprendices de la teología o de la metafísica; es indispensable dar unidad a toda la enseñanza nacional", véase Valentín Letelier, *Filosofía de la Educación*, cap. XIII, "Teoría de la enseñanza universitaria", Buenos Aires, Cabaut y Cia. editores, 1927, pp. 469-473.

¹³ Letelier, *El Instituto Pedagógico* [n. 9], p. 26.

El mencionado informe sirvió de base para la posterior contratación de los profesores alemanes que constituyeron la base fundacional de la plantilla académica del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, creado en 1890 a instancias del propio Valentín Letelier.¹⁴

Eduardo de la Barra arremetió contra la presencia efectiva de este grupo de profesores en el país. De partida, postulaba que si los profesores extranjeros habían venido a formar nuevos cuadros, cumplida su misión debían dejarle el campo a los maestros chilenos.¹⁵ Si no era así, significaba que habían fracasado y debían retirarse.

El origen de la polémica y El embrujamiento alemán

LA chispa que encendió la hoguera surgió de la defensa que De la Barra hace públicamente de una profesora chilena quien, a su juicio, había sido víctima de un violento ataque de *La Libertad Electoral*, porque el Gobierno le había otorgado la dirección de un Liceo de Niñas prefiriéndola a una profesora de origen austriaco. Él mismo confiesa que tal acción le pareció tan innoble que salió en favor de la agraviada. Así, el caso de la profesora se sumaba al de los alemanes del Pedagógico.

Con este motivo expresó lo del *embrujamiento alemán*:

Llamé —así dice— a la extraña ceguera de los muchos que ven en los pedagogos alemanes importados una familia de sabios, si no de genios

¹⁴ *Ibid.*, pp. 35 y 73. En mayo de 1888, el Ministro de Instrucción Pública de Chile comunica al ministro de Chile en Berlín que esa cartera ha resuelto organizar en Santiago un Instituto Pedagógico destinado a formar profesores para los establecimientos de enseñanza secundaria. Para tales efectos le solicita contratar seis profesores alemanes para iniciar el Instituto: uno de pedagogía y filosofía, al cual deben corresponder la pedagogía y su historia, la psicología, la lógica, la metodología, la moral y la filosofía de las ciencias, o sea, el conocimiento de la clasificación y relaciones de todos los ramos del saber humano. Uno de historia y geografía, para la geografía política e historia universal. Uno de filología, para la gramática general y la lingüística, el latín, el griego, los principales idiomas, la retórica y la historia literaria. Uno de matemáticas, para la aritmética, el álgebra, la geometría, la trigonometría y la mecánica. Uno de ciencias físicas, la química y la cosmografía; y un sexto para ciencias naturales, para la zoología, la botánica, la geología, la somatología y la higiene.

¹⁵ Eduardo de la Barra, *La vida nacional: el embrujamiento alemán* [n. 6], p. 3. En este punto, De la Barra pone como ejemplo lo ocurrido en la Argentina. Sarmiento —dice— fundó las Escuelas Normales en su país. Las entregó a maestras “yankees”, formadas en la vida republicana y superiores por su cultura a las maestras europeas. No tardaron, agrega, en entregar al país una generación brillante de maestras a quienes inmediatamente se confió la dirección de la juventud argentina. Ellas, concluye, regresaron a su tierra satisfechas del resultado de su noble misión al Río de la Plata.

tutelares altamente benéficos a Chile, cuando en realidad es gente mediocre, asalariada a precio de oro, ensoberbecida por ese mismo embobamiento nacional que los endiosa, y que de ninguna manera corresponde a las ardorosas expectativas que en ellos se fundaron.

El *embrujamiento*, dice, es una especie de hipnotismo en virtud del cual los embrujados atropellan todo. Tal fue lo que ocurrió:

Toqué a los ídolos y un mundo de fanáticos atrabiliarios se me desplomó encima [...] vociferaban injurias insensatas en mí contra, y, sin hechos ni argumentos, a mí me los pedían a gritos. Y hube de complacerlos, hasta ahogarlos en los hechos concretos que querían, dados en tal cantidad y tan abrumadoramente que es imposible que ellos mismos no hayan abierto los ojos, aún cuando por soberbia no den su brazo a torcer.¹⁶

Pero, en verdad, el fondo de la cuestión radicaba en un problema más profundo. Eran los intelectuales chilenos quienes reaccionaban en contra de lo foráneo, es decir, lo europeo. Deseaban fortalecer su identidad. Querían un país que resolviera por sí mismo sus problemas. Pero cómo lograrlo en momentos en que asuntos de vital importancia para el país estaban peligrosamente en manos extranjeras. A la dependencia política de España había seguido la influencia cultural francesa y a ésta la alemana. Mientras tanto, a fines del siglo, Gran Bretaña y Estados Unidos competían en la colocación de grandes capitales que determinaban el rumbo de la industria productiva, del campo financiero y del comercio.

En su ámbito, el cultural, una de las mayores preocupaciones de Eduardo de la Barra era la calidad de la educación que en Chile se impartía por esos años. Al respecto señalaba que la baja en el nivel intelectual que se apreciaba en el país tenía su causa directa en la calidad de la instrucción pública que se estaba impartiendo. Culpaba de esto directamente a la influencia de los alemanes, los cuales habían participado en la organización de la enseñanza primaria, luego en las Escuelas Normales y en la creación de liceos de niñas. A esto se venía a sumar la contratación de los organizadores del Instituto Pedagógico. Lo que él se propone a través de la prensa era demostrar públicamente y con argumentación sólida el grave error en que se estaba incurriendo.¹⁷

En el primer escrito, el polemista hace un análisis global del conjunto de profesores alemanes. Pero cuando comienza el debate deja de lado

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ *Ibid.*, pp. 66 y 67, "El tren en marcha, 2da. Estación", mayo de 1899.

las Escuelas Normales y los Liceos,¹⁸ del mismo modo que no consideró, según sus palabras, “a los insignificantes y a los ínfimos de la runfla”, concentrándose sólo en el Instituto Pedagógico, donde el problema era grave. Luego de examinar la obra y el aporte de cada uno de los profesores que allí dictaban clases, pocos salieron indemnes.

¿Qué puede esperarse —se pregunta— de un país si menosprecia lo propio en obsequio de lo extraño; y dobla humildemente el cuello para servir de cascabel a cada extranjero a quien cree un dios, y es acaso un pobre diablo? Por fortuna la reacción viene y muchos ojos se abren a la realidad y vuelve la cordura a los espíritus. ¿Acaso porque la Alemania alcanza hoy tanta altura en las ciencias, todo alemán debe ser un sabio de primer orden?¹⁹

Allí tiene sustento la pregunta que Eduardo de la Barra formula al país y que da inicio a la discordia: ¿Chile, para los alemanes o para los chilenos? Con ella alude a la responsabilidad del gobierno, el cual, a su juicio, ya había comenzado a sacudirse del embrujamiento alemán, a abrir los ojos a la realidad y a la conveniencia de Chile. Por tal razón afirma que la cuestión de las personas es muy secundaria ante el principio de interés nacional, que la resolución del gobierno debía favorecer y establecer.

De la Barra al fundamentar su posición hace un balance histórico del país y ve cómo todo ese bagaje cultural, fruto de tantos esfuerzos se ve menospreciado frente a lo germano. A los defensores de lo alemán los llama “los del partido alemán”.

Ellos —dice— son los adoradores de todo lo germano, son perniciosos al país e injustos en sus apreciaciones. Éstos abaten falsamente el pasado de Chile, desconocen la acción civilizadora de los viejos profesores, olvidan a los hombres de nota que tuvo el país, nacionales y extranjeros, calumnian la educación nuestra y la deprimen para vestir a los alemanes con esas plumas ajenas.

¹⁸ Al respecto señala: “Nosotros no hemos sido tan felices ni tan previsores como nuestros vecinos [los argentinos]. Hemos confiado las Escuelas Normales y Liceos de Niñas, a fardo cerrado, a alemanas, maestras de escuela y éstas, que amenazan eternizarse en el monopolio de la instrucción, hacen la guerra a las profesoras chilenas en vez de alentarlas”. Termina este análisis con un dilema que califica como concluyente, y al que ya hemos hecho referencia: “Las maestras alemanas han sido capaces de formar maestras chilenas o no lo han sido. Si las han formado, tiempo es que éstas las reemplacen; si no las han formado, son incapaces, y deben retirarse”, *ibid.*, p. 4.

¹⁹ *Ibid.*, p. 8.

Desde Gorbea y Mora a Sarmiento y Bello, desde Egaña, Marín y Varas, a Lastarria, Valdivia y Tocornal, ¿cuántos hombres eminentes no salieron de nuestras aulas y cuántos no tuvieron parte en la instrucción pública? Acaso no tuvo Chile a su servicio alemanes eminentes como los Phillipi, como el filólogo y famoso helenista doctor Lobeck, como Rhoener y el astrónomo Moesta y el ingeniero Ballas?

Hechos contra palabras, en esta expresión De la Barra fundamentó sus polémicos artículos. En ellos sostiene que los maestros alemanes son, en general, de pacotilla, y aún más, incompetentes y viciosos algunos, los cuales se amparan en algunos de sus compatriotas estudiosos y útiles a nuestro país (Steffen, Johow, Pöerusch, Hanssen, Lenz y Schneider). Estos juicios, dice el mismo, levantaron tempestad entre ciertas gentes interesadas en sostener la alemanización de Chile,

algunos porque así creen abonar sus propios procedimientos como los contratadores en Alemania de gentes no siempre de provecho; otros, porque siguen la gran corriente formada por los admiradores incondicionales de lo extranjero; y, por último, la explosión fue más violenta entre los que se imaginan que señalar los defectos en nuestra educación oficial para que se corrijan ha de redundar en beneficio no de Chile, sino del partido clerical.²⁰

De la Barra se encarga de aclararle a los liberales y a los de su propia corriente, los radicales, que denunciar errores no es favorecer al otro bando político. Efectivamente, él se había propuesto examinar la calidad de la enseñanza que los profesores alemanes entregaban en el Pedagógico, pues le parecía que tras los “pomposos títulos y de sus obras portentosas” había menos de lo que sin mayor examen se aceptaba. “Para reducir —dice— a aquellos dioses o fetiches a proporciones humanas, tuve que derribar el biombo y así lo hice; más, lo hice sin dañar a nadie en lo legítimo”. Lo que hace en la práctica es analizar la obra y el aporte, precisamente, de los más destacados, y como resultado de este ejercicio concluye que sin desmerecer la idoneidad de cada uno de estos profesores, su aporte a la enseñanza y a la investigación científica no había sido ni original, ni espectacular, ni extraordinaria.

Sin tocar el valor botánico de la obra de Johow, hice presente que la flora de Juan Fernández ya había sido descrita de antemano, y que los *gansos* la admiraban por sus lindas láminas, y sin más averiguar la declararon

²⁰ *Ibid.*, p. 45, mayo de 1899.

monumental.²¹ Hice ver que la *restauración del araucano* por Lenz es una patraña, y él mismo no se pretenderá tal *restaurador*. Dije que la Filología castellana de Hanssen es tan imperfecta como su *imperfecto imperfectísimo*, y me apoyo para decirlo en los libros que he escrito sobre el particular donde hay abundante prueba, los cuales han merecido la aceptación de los hombres entendidos de España. Del mismo modo, a la vista del público, examiné brevemente la cacareada pedagogía de Schneider, e hice ver que ella es la base del engaño educacionista del Pedagógico. Del señor Steffen dije que por sus exploraciones *era digno de aplauso*; pero, que no es el único explorador de aquellas regiones, ni había motivo para presentarlo como el *audaz y glorioso revelador de la geografía patagónica*.²²

Pero había más. No sólo se contrataron en Alemania hombres provenientes del campo de las letras, también se trajo expertos para que enseñaran en la Escuela de Artes y Oficios. Eduardo de la Barra señala con una serie de ejemplos que estas personas, contratadas como grandes maestros probados en su oficio, en la práctica de la enseñanza no dieron resultados. En 1895, el representante diplomático de Chile en Alemania había seleccionado a este personal. Tales fueron sus desaciertos que el director de la Escuela de Artes y Oficios se vio en la obligación de someterlos a una prueba de suficiencia.²³ Como consecuencia de ésta, algunos de ellos, según De la Barra, fueron devueltos a su país. Frente a estas evidencias, se pregunta “¿No serán lo mismo muchos otros de esos certificados de competencia? ¿Qué es más fácil para el señor ministro [...] ver lo que hace un maestro carpintero, o lo que sabe un profesor de filología o de griego? Es claro que lo primero, y si en eso más fácil erró, ¿qué fe tendremos en su acierto para cosas mayores?”²⁴

En medio de la polémica aparece lo que en nuestros países fue recurrente, el dilema de su etapa republicana inicial: *Civilización o Barbarie*. Según De la Barra, la opinión que le merecen Chile y sus naturales a aquellos pedagogos alemanes es de un soberbio desprecio. Y ese desprecio va tan lejos —enfatisa— que sus hijos, nacidos en

²¹ En este punto aparece una nota del mismo autor: “Grande es la contribución de la *Challenger* que hay en este libro. Esa nave de S.M.B. trajo una comisión científica encabezada por el naturalista Thompson, la cual hizo una descripción completa de Juan Fernández. después de un año de constante trabajo”, *ibid.*, p. 168.

²² *Ibid.*, p. 169.

²³ Escuela de Artes y Oficios (1949), luego Universidad Técnica del Estado (1947) y hoy Universidad de Santiago de Chile (1981). Véase J.G. Muñoz, C. Norambuena, R. Pérez, L. Ortega, *La Universidad de Santiago de Chile. sobre sus orígenes y su desarrollo histórico*, Santiago, Editorial Salesiana, 1988.

²⁴ *La vida nacional*, pp. 39-44, “Los profesores alemanes”, mayo de 1899

Chile, como ocurre en las colonias del sur, se declaran alemanes y se avergüenzan de ser chilenos. Señala que, con conocimiento de causa, puede atestiguar que se han adueñado de todas las tierras fiscales de dos provincias, Valdivia y Llanquihue.

Así, me lo aseguró —dice— un ex gobernador de aquellas localidades, quien quedó de buscarme el periódico alemán de Valdivia, de 1897, en que se enumeran las grandes propiedades alemanas de Iquique a Punta Arenas, y los frecuentes asesinatos y desórdenes en el país, para llegar a la conclusión de que ya es tiempo de que el gobierno alemán se adueñe de Chile, hoy en manos de indios incapaces de gobernarse. Ese y otros artículos idénticos son reproducidos del periódico alemán *Das Echo*, de amplia circulación por el mundo.

El tema es, según nuestro polemista, que muchos piensan que si se retiran los alemanes, volverá Chile a su anterior *barbarie*.²⁵

Debido a estas opiniones se le acusó de xenófobo. Pero su defensa no decae:

Yo acepto —dice— de buen grado que busquemos profesores extranjeros cuando los necesitemos, y acato en ellos el saber cuando lo tienen. Pero, traerlos si no lo habemos menester, en desprecio de lo propio, o dar patente de sabios a quienes no lo son por el solo hecho de ser alemanes, me parecerá siempre una sandez digna de lástima, y no poco deprimente para el país mismo que queremos formar.²⁶

Así se le va descalificando, como antiextranjero y enemigo de la ciencia. Él responde: “Yo no soy contrario a los sistemas modernos que conocía y acepté antes que viniesen a Chile los alemanes, quienes nada nuevo han traído; yo no soy enemigo de los extranjeros, sino lo contrario: pero sí detesto la farsa y las falsificaciones y toda usurpación”.²⁷ Agrega, “cuando la enseñanza de determinados hombres está en tela de juicio, los ciegos panegiristas de esos hombres, *los embrujados*, se retuercen acusando a sus contrarios de odio a todo lo extranjero; ¡y, así, de la instrucción saltan a la de inmigración!”.²⁸

²⁵ *Ibid.*, pp. 46 y 47.

²⁶ *Ibid.*, p. 7.

²⁷ *Ibid.*, p. 12. “Replico a *La Tarde*”, mayo de 1899.

²⁸ *Ibid.*, p. 16.

Valor de la polémica

No se debe dejar de prestar atención a la forma en que se lleva la contienda intelectual. La forma polémica como se presentan los hechos, la cantidad de diarios interesados en reproducir los argumentos y en el compromiso directo con los hechos, a más de la cantidad de personas que se involucran en el debate, son muestras evidentes de la madurez con que el país enfrenta el problema.²⁹ El mismo autor del *Embrujamiento* señalaba que:

La polémica tiene el alto y noble fin de llegar a establecer una verdad o un hecho, o de controvertir un sistema por la discusión razonada, apoyada en realidades. No hay que aplebeyarla con la diatriba, ajena a la cultura: ni para qué enturbiar su fuente con palabrería y vanidoso subjetivismo, en vez de hechos reales y concretos y argumentos sólidos.³⁰

Escribe en *La Ley*: “Lo atacan desde *La Tarde* y *La Libertad Electoral* (liberal). Este último diario le pide hechos concretos y esto es lo que él entrega en sus artículos”. Desde *La Ley* De la Barra responde:

Reconocí que estaba en su derecho, pero que ardería Troya. ¡Que arda!, respondió. No me quedaba más que hablar y lo hice con la mayor moderación posible. Por mi parte fue una guerra humanitaria, y por más que la insidiosa muchedumbre de mis comentarios repite en todos los tonos que yo insulto a sus dioses alemanes, no hay tal cosa [...] Lo que llaman insultos son las saetas de la ironía con que suelo escarmentarlos a ellos, y la lógica con que despedazo sus argumentos inconsistentes, y evidencio sus incongruencias, sus trapacerías, su ignorancia misma, y desbarato sus artificiosos ataques personales. Es mi legítima defensa.³¹

Sí, lo atacan desde *La Tarde*, pero *La Nueva República* (radical) y *El Porvenir* (conservador) lo respaldan. Respecto de este último periódico, aclara que éste es un reconocimiento a la verdad de los hechos, pues en lo doctrinario no había comunión de pensamiento. Lo que es perfectamente comprensible, a su juicio, en esta contienda no se discuten principios sino específicamente “la calidad de los industriales

²⁹ *La Ley, La Libertad Electoral, La Tarde, El Porvenir, La Nueva República* de Santiago. También algunos diarios de provincia como *La Discusión* de Chillán, participan de la polémica.

³⁰ *Ibid.*, p. 68.

³¹ *Ibid.*, p. 168.

maestros traídos de Alemania para plantear ciertos métodos de enseñanza, y de la obcecación de unos cuantos *embrujados* por ella”.³²

Cuando la controversia pública arrecia, la prensa se lanza contra la vida personal de De la Barra. Se le acusa de nepotismo, asunto que públicamente desmiente; de ir tras cargos públicos, a lo que responde señalando las veces que los rehusó; lo acusan de haber pertenecido a todos los partidos políticos del momento. Él mismo hace su defensa señalando: “¿Quisiera saber cuántos hombres hay en Chile que pudieran tirarme la primera piedra si yo hubiese delinquido en este punto?”. Luego prosigue: “jamás dejé de ser liberal ni acepté jamás alianza ni coalición con los partidos opuestos”. Por esa razón se apuntó en las filas del naciente radicalismo.

En tiempos difíciles dice, cuando se necesitaba coraje para enrostrar el anatema social que pesaba sobre nosotros, mirados como turbulentos transtomadores del orden público, como locos peligrosos, como incendiarios y dinamiteros, enemigos de la propiedad y de la religión [...] Así pues, siempre estuve al servicio de la causa ultra-liberal o radical, más franco-tirador que soldado de línea como lo prueba mi incesante acción en la prensa desde hace 40 años, y mis polémicas en defensa de [Francisco] Bilbao y la doctrina liberal; o contra los jesuitas y su funesta influencia, fuente de la corrupción actual; o abriendo camino a las leyes liberales como la secularización de los cementerios.³³

Continúa su defensa preguntándose, ¿cuándo pedí nada para mí al gobierno ni al pueblo? Por el contrario, escribe:

Cuando triunfó la funesta Revolución [1891], saqueado, despojado de cuanto tenía, perseguido a muerte, dispersada mi familia sin amparo ni hogar, salí al destierro sin murmurar ni quejarme, y encontré en el extranjero lo que en mi tierra no he encontrado: trabajo y respeto a mis canas.

Hoy [1899] sustento las ideas de toda mi vida: siempre fui ultra-liberal y anticlerical, y lo soy. Eso explica la perfecta unidad en mi marcha, pues ni he claudicado en mis ideas, ni jamás he aceptado coaliciones ni componendas de ningún género. Amo y sirvo a la Libertad, y tengo fe en el Progreso; pero pongo sobre todo la Verdad y la Justicia, ambas de mi fervoroso culto.

Concluye su reflexión diciendo: “He servido a mi país honradamente: no le debo sino amarguras”.³⁴

³² *Ibid.*, p. 22.

³³ *Ibid.*, pp. 188-190.

³⁴ *Ibid.*, pp. 190 y 191.

Palabras finales

Los programas de colonización, puestos en práctica en el país, fueron realizados con alemanes, los que se instalaron al sur del país, en las provincias de Valdivia y Llanquihue. Éstos contribuyeron al desarrollo agrícola y luego industrial de la región. Pero estuvo lejos de producirse la mezcla racial que el gobierno esperaba. Si las relaciones entre las distintas etnias que allí se congregaron (indígenas, chilenos, chilotos y alemanes) estuvieron marcadas por una fuerte interacción cultural, los siguientes planes de colonización estuvieron durante todo el siglo XIX marcados por esa colonización temprana que se transformó en el ideal de colono que el país requería o necesitaba.

Los frecuentes conflictos bélicos entre los países latinoamericanos por cuestiones limítrofes llevaron al país a preparar la defensa del territorio organizando un ejército que siguió el modelo prusiano. Había en todo esto una fuerte admiración a todo lo proveniente de esas latitudes.

De allí que cuando la enseñanza opta por el modelo alemán, nuestro personaje no puede menos que calificar esta actitud nacional como un *embrujo*. Saca el tema a la luz pública y promueve un debate; esta actitud no es una reacción aislada en un país perdido en la geografía americana. Es el tema de los pueblos de América.

Hay claramente en el discurso de De la Barra una defensa de lo nacional. Este sentimiento se venía manifestando con toda claridad en muchas esferas de la vida nacional. El balance del fin de siglo señala la valoración de algo muy definido, de lo propio, de lo diferente. La intelectualidad "asumía", al decir de Leopoldo Zea, su destino latinoamericano.